IRONÍA, HUMOR Y SÍMBOLO EN *LA GUERRA* DE MIGUEL MIHURA

Yomna Azmy Gamal
Universidad de Ain Shams

Introducción

Miguel Mihura nace en Madrid en 1905 y muere en 1977. Hijo de un actor y empresario de teatro, vivió desde niño en el ambiente teatral que influiría considerablemente en su obra.

Aunque siempre manifestó su aspiración a enfrentar la vida con absoluta libertad, Miguel Mihura es un despejado ejemplo de las contradicciones vividas por el hombre y el escritor en una época confusa, crítica y dolorosa, a partes iguales, de la vida y el teatro españoles.

La tendencia de Mihura es destacar los problemas o defectos de una manera caricaturesca sin buscar soluciones, lo que destaca su gran manía. En este contexto, dice el periodista gallego Julio Camba, elogiando las cualidades de un periodista «químicamente puro»:

> No tomaba partido, ni se molestaba por encontrar una solución. Él se limitaba a descubrir las grandes tonterías, a señalarlas burlonamente con el dedo, a dar su veredicto y, después, sonriendo, se largaba a otra parte con aire de tenerlo todo sin cuidado. ¡Qué gran inteligencia![1]

[1] Camba, 1962.

Publicado en: *Textos sin fronteras. Literatura y sociedad, II*, ed. Hala Awaad y Mariela Insúa, Pamplona, Universidad de Navarra (Ediciones digitales del GRISO), 2010, pp. 41-48.

En cualquier obra literaria que hable de la guerra, suelen prevalecer las escenas sanguinarias donde la muerte y el llanto sean los elementos más predominantes.

Sin embargo, Miguel Mihura, dramaturgo humorístico singular, ha logrado una novedad característica: transformar lo trágico en un chiste… en una mofa. Su arma afilada con la que ha superado en el cumplimiento de su objetivo es la ironía. Lo que más distingue la obra de Miguel Mihura es la mezcla entre «humor y melancolía»[2].

> Miguel Mihura representa una actitud frente a la vida, un dejarse caer en chistes que no parecían chistes, que se ahogaban y pedían una mano de comprensión para salir del atolladero, viéndose entonces, cuando ya estaban a salvo, que habían sido muy buenos, muy ocurrentes aun con su aire mate y pelmazo[3].

En las páginas siguientes trataremos la ironía, el humor y el símbolo en una obra teatral corta, de pocas páginas pero mucho valor; así que lo que Miguel Mihura trata en estas páginas, lo tratarían otros autores en obras mucho más largas, quizás en varias obras.

La Guerra

Argumento

La guerra es el tema principal de *La Guerra*. El argumento de la obra gira alrededor de René y Lilián, una pareja recién casada. Nada más casarse, René se encuentra obligado a irse a la Guerra y a dejar a su esposa. En la guerra, sólo vemos a dos soldados, René y Óscar, uno en cada ejército, que son los únicos restantes después de la muerte de todos los demás. A pesar de las discusiones entre los dos soldados, ambos se van sin resolver la disputa existente.

Macrosecuencia

El autor no ha dividido la obra en escenas, sino en estampas, una división poco ordinaria. El objetivo de esto es dar una imagen pintoresca a cada escena con todos sus detalles. La obra se divide en tres

[2] Moreiro, 2004, p. 1.
[3] Moreiro, 2004, p. 70.

estampas, o tres cuadros, porque cada estampa es un auténtico cuadro que encarna los sucesos de la escena.

La primera estampa, «Felicidad», es una viva imagen de la felicidad, es como si fuera un cuadro que porta todos los elementos de la placidez. Los sucesos se desarrollan en una granja en la que una chica acaba de casarse con su media naranja por amor mutuo. Lilián está en su casa esperando a su querido marido, con una obsesión de formar una familia y llevar una vida feliz y pacífica.

La segunda estampa, «La guerra», representa un campo de guerra con un vocabulario muy distinto de aquel utilizado en la primera estampa: *cadáveres*, *muertos*, *feroces*, *sanguinaria*, etc. En esta estampa Miguel Mihura sobresale en la descripción de una guerra cómica. Es decir, menciona todo lo que pasa en la guerra normal, pero con explicaciones humorísticas. En esta estampa figura la extraordinaria habilidad del autor que aborda los minuciosos detalles que ocurren en la guerra, pero de una forma ciertamente graciosa.

La tercera y última estampa, «Desolación», es un cuadro que refleja la frustración y el colapso de las esperanzas de esta pareja que al principio era feliz. Lilián que espera la llegada de su esposo, se desespera al verlo cojito. El vocabulario que emplea la pareja sufre un cambio fundamental: *cojito*, *lástima*, *aburrido*, *cadáver*, *cansadísimo*, *rendido*, *desolación*, *callada*, *mansa*, *aprisiona*, etc.

La macrosecuencia en esta obra representa la transformación que causa la guerra. La primera estampa es «Felicidad» y la tercera es «Desolación»; la segunda, «La guerra», es el puente entre la felicidad y la desolación, es decir, la guerra es la que transforma el estado de júbilo a un estado de tristeza y congoja.

La ironía

> Miguel Mihura Santos […] es autor de una serie de comedias que saben unir la ironía y la poesía con el humor y la ternura. Sigue la línea de Jardiel Poncela en cuanto a diálogos disparatados y las situaciones absurdas de sus personajes. Busca el sinsentido y lo inesperado como recurso humorístico, pero lo hace con más finura y sutileza literaria que aquél[4].

Esta obra está basada en las ironías. Comprende una crítica política muy picante, pero de manera indirecta y humorística.

[4] Arias Solís, 2009.

Antes de dar ejemplos prácticos, cabe definir la ironía que es, según el Diccionario de la Real Academia Española «burla fina y disimulada» o «figura retórica que consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice»[5].

En la primera estampa, Lilián, la protagonista, aparece haciendo niños representados en los rollos de manteca amasados con leche de rosas, lo que es una ironía amarga; puede portar dos sentidos, el primero es que no quedan niños a causa de la guerra… todos los niños han muerto, por eso es que sustituyen los verdaderos niños por otros artificiales. Otra posibilidad es que los esposos casi no se encuentran, porque los hombres se hallan siempre en el campo de la guerra, así que no pueden dar auténticos niños a la luz.

En la segunda estampa, en el campo de guerra «esparcidos por el suelo, hay miles de cadáveres que están muy bien»[6]. La ironía reside en la descripción de los cadáveres y su atribución a los adverbios «muy bien». Cuando decimos que alguien está muy bien queremos decir que está en un buen estado. Sin embargo, cuando decimos que los muertos están muy bien, eso probablemente significa que están muy bien deformados.

Una de las frases más valiosas de la obra es: «Si es que esto es la guerra y aunque uno mate a otro no importa… Si se hace así…» (p. 37). En esta frase el autor muestra lo baratas que son las vidas de la gente, como la guerra es matarse y como esto es lo normal, entonces no importa.

Una mezcla entre ironía y humor es cuando los guardias llevan el que mate a alguien de su ejército para declararse ante un señor que estaba siempre «tomando café» (p. 37) para mostrar que en las guerras los pueblos son los que sufren, mientras que los gobernadores están disfrutando su vida como siempre, sin sentir la miseria de los ciudadanos que son los que se van a la guerra y sus familias son las que se dispersan. Así que «tomando café» no se refiere al simple hecho de tomar café, sino que denota el lujo en el que están viviendo, mientras el pueblo está sufriendo.

En la tercera estampa cuando René le trae a Lilián un regalo de la guerra, que resulta ser un cadáver, ella lo pone en la sala. Esto es una

[5] *DRAE*, 1998.

[6] Citado en Uriz, 1991, p. 37. En adelante las citas se toman de esta edición.

ironía muy amarga, ya que, indica que los cadáveres son el lema de la época; entonces ella lo pone en la sala como decoración.

El humor

«Cuando se habla de Mihura, y del teatro español de su época, se suele plantear el debate entre comicidad y humorismo»[7]. Miguel Mihura tiene una habilidad fantástica en aliviar las situaciones trágicas y drásticas mediante su sátira y humor. Juan José Alonso Millán escribe a este respecto un artículo titulado «Miguel Mihura, el humor puro y duro»[8].

Imaginemos la guerra en cualquier otra obra literaria: sería destrucción, sangre, muerte, morosidad y llanto. Sin embargo, Miguel Mihura ha creado algo parecido a la tragedia grotesca, representando la guerra como algo cómico. Miguel Mihura fue uno de los muchos escritores que endulzaron la vida a los españoles, en los años difíciles de la posguerra, con el humor:

> Si el mérito de Rueda consistió en crear una comicidad especial, distinta, próxima a la picaresca de los años del imperio, el de Mihura fue proponer un humorismo así mismo diferente a cuanto se veía en los escenarios españoles de la posguerra[9].

En la primera estampa dice René: «Tengo que ir a la guerra con unos amigos» (p. 36) como si fueran a una excursión a la que uno va con la compañía de los amigos. Cuando Lilián le pregunta si le gustan los rollos contesta: «Sí, son bastante repugnantes» (p. 36).

Luego, en la segunda estampa preside el humor con los insultos y los golpes que se dan René y Óscar entre sí porque, como dice el primero «como ya no tenemos fuerzas para luchar, nos lanzamos feroces insultos» (p. 37). Así que abundan palabras como: *tonto*, *majadero*, *bobo*, *antipático*, *babieca*, etc.

A su imaginación hay que añadir su afecto y la hermosura de las palabras utilizadas, además de su mixtura del humor trágico con el grotesco, que hacen que su obra sea completamente insólita y única en la historia del teatro español.

Dice René en otro contexto, hablando con Óscar:

[7] Oliva, 2005.
[8] Alonso Millán, 2008.
[9] Oliva, 2005.

> De vernos todos los días nos hicimos muy amigos y ya nos dábamos facilidades para la lucha. Sólo peleábamos por la tarde, de cuatro a siete o siete y media, y algunas veces mandábamos recados con un niño de los que habían sobrado de las despedidas diciendo que no podíamos venir porque estábamos con jaqueca de sol (p. 38).

Lo más característico de Mihura es lo imprevisto. Dice Francisco Arias Solís: «Busca el sinsentido y lo inesperado como recurso humorístico»[10].

El símbolo

Antes de hablar de la simbología en *La guerra* cabe definir el símbolo que consiste en una "«figura retórica o forma artística, especialmente frecuente a partir de la escuela simbolista, a fines del siglo XIX, y más usadas aún en las escuelas poéticas o artísticas posteriores, sobre todo en el superrealismo, y que consiste en utilizar la asociación o asociaciones subliminales de las palabras o signos para producir emociones conscientes»[11].

A pesar de la brevedad de esta obra, hallamos numerosos símbolos. Estos símbolos son la expresión de un auténtico disgusto por parte del autor que se refleja indirectamente para criticar ciertas situaciones.

Lilián siempre aparece fregando el suelo de la cocina; esto no lleva el simple sentido de una mujer limpiando la cocina, sino que simboliza varios aspectos. Primero simboliza la humillación de las familias de los soldados que se van a la guerra, la humillación del pueblo y la humillación de pueblo entero. También simboliza la eliminación de los restos de la guerra y la sangre de los mártires por Lilián.

Otro símbolo que tenemos es el del señor que siempre aparece tomado café (p. 37). Este señor simboliza cualquier gobernador o jefe de estado que deja a su pueblo empapado en la guerra, mientras que él sigue viviendo en paz, disfrutando el lujo de siempre.

«Y cae la noche» (p. 39) simboliza la tristeza que ocurre al mundo entero a causa de las lúgubres guerras.

[10] Arias Solís, 2006.
[11] *DRAE*, 1998.

Crítica seria

Entre todo este humor y toda esta ironía, hallamos breves y contables oraciones o, mejor dicho, frases serias, después de las cuales Mihura vuelve enseguida al humor, entre ellas citamos:

> RENÉ: Y entonces ya seguimos matándonos horriblemente… ¡Qué espanto! ¡Qué guerra más cruel y sanguinaria! (p. 37)

En estas frases Mihura se refiere de una manera directa a la crueldad guerra y el horror de la guerra sin giros.

Otra crítica seria

> RENÉ: ¡Qué guerra más cruel! El mundo entero espera con lágrimas en los ojos que termine esta guerra sanguinaria… (p. 38)

En esta cita Mihura se refiere otra vez a la crueldad de la guerra y al dolor que siente el mundo entero de la destrucción de la guerra, además de la tristeza profunda de los pueblos y sus ansias de poner un fin a esas guerras.

Y el final de la obra dice:

> Se acuesta él y ella, silenciosamente, sigue fregando el suelo de la cocina. Y cae la noche. Y una gran desolación callada y mansa, aprisiona los muros de este hogar, que al principio de esta historia era tan alegrillo… Pero, señor, ¿es que nunca se van a terminar las guerras? (p. 39)

Este párrafo porta todo el resumen de la obra. Señala la tristeza que acaece, además de la desolación que siente la pareja y la contradicción entre la felicidad del principio y la tristeza del final. La última oración es una llamada a la humanidad representada en una pregunta que si no van a terminar las guerras…

Conclusión

No sabemos si llorar o reír… sentir gracia o frustración… porque Miguel Mihura ha mezclado todos estos conceptos de una manera tan hábil… tan dulce… que ha aliviado la tensión del ambiente lúgubre de la guerra.

Esta mezcla que ha realizado Mihura no ha dejado ningún concepto ambiguo, sino que ha aclarado más la significación de la guerra

mediante la ironía, el humor y el símbolo que han dado más valor a la obra y menos estrés en el lector. Elogiamos la maestría de nuestro gran autor.

Bibliografía

Alonso Millán, J. J., «Miguel Mihura, el humor puro y duro», *El Imparcial*, 4 de agosto de 2008.

Arias Solís, F., «La voz del humor disparatado», 2006, disponible en http://franciscoarias.blogcindario.com/2006/10/00690-miguel-mihura-por-francisco-arias-solis.html

Camba, J., «Encuentro con el humor», *ABC*, 1 de marzo de 1962.

DRAE, Madrid, Espasa Calpe, 1998.

Mihura, M., *La guerra*, en F. J. Uriz, *¡A Escena!*, Madrid, Edelsa, 1991.

Moreiro, J., *Miguel Mihura, humor y melancolía*, Madrid, Algaba, 2004.

Oliva, C., «De Rueda a Mihura: cuatrocientos años de ingenio teatral», Mihura. Palabra e ingenio», *Anuario del Centro virtual Cervantes*, Instituto Cervantes, 2005, disponible en http://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_05/oliva/p03.htm

Uriz, F. J., *¡A Escena!*, Madrid, Edelsa, 1991.